

Si como acabo de decir, le damos el nombre de trastorno mental, y este no es ocasionado por lesión orgánica, nos veremos precisados á confesar que los efectos intelectuales no dependen en manera alguna del organismo, y que son producto de un principio que no es materia, ó que en caso de serlo es de aquella que está fuera de nuestra percepción y alcance.

Lo expuesto es el resultado de las observaciones que estoy practicando.

\* \* \*

Siguiendo mi propósito en el estudio emprendido para la investigación del origen de la locura, manifestaré sus resultados con el orden y sucesión con que las ideas aparecen en mi mente.

Cuando el estudio analítico no presenta las causas de donde toma principio esta dolencia, es porque se escapan á este medio de observación. Luego la anatomía es insuficiente para marcar las causas que determinan la demencia.

Pues bien, no puede efectuarse ningún fenómeno, por raro que sea, que no reconozca una causa que le da origen, la que no por ser oculta ó desconocida deja de existir. Y ya que no la manifiesta el organismo después de la muerte, tratemos de investigarla en el sér viviente.

Los primeros síntomas de la locura se manifiestan por la fijeza de una idea y la falta de razón en que apoyarla, es decir, que no se presenta la ilación que á toda idea primitiva sucede, para que tenga el carácter de las elaboraciones mentales en la gente cuerda, y que posee su cabal razón.

Tenemos, pues, que hay una idea, un pensamiento que no se presenta con el carácter común y ordinario, sino que el desgraciado sér en quien domina está atacado de locura.

Entonces se dice que ha perdido la razón y esto con mucha justicia, pues todo lo hace fuera de juicio el demente, á no ser que obre en momentos de lucidez.

De lo expuesto se deduce, que el recto criterio no pertenece al estado de demencia, pudiendo decir, que la falta de criterio es un estado de locura.

¿Qué cosa es el raciocinio y qué movimiento orgánico ó combinación material lo produce?

A esta pregunta permanecen mudas las ciencias naturales, pudiendo á lo más dar una contestación que ha de llevarnos á una dificultad que, de término en término, puede hacerse mayor; pues si decimos que el raciocinio es producto de la inteligencia, se preguntará qué cosa es ésta ó de dónde se deriva.

Y esta série de preguntas nos llevará siempre á puntos del todo hipotéticos, que en la precisión que de las ciencias se exige no puede servir como base que tenga la solidez necesaria, para que la ciencia se presente triunfante é invulnerable.

Confuso ante la disyuntiva de caer en un error—propio de los que todo lo quieren encerrar en el dogma de la fe y en la pretendida revelación absoluta—ó de no decir nada, ó bien de manifestar mi impotencia confesando que las ciencias naturales son insuficientes para dar la clave de este problema; no sé qué partido tomar, fuera de una franca y leal emisión de mis ideas.

Jamás problema alguno ha ocupado la mente de un hombre con más insistencia que el que me tiene embargado por conocer el origen de la locura; pero apareceré disculpable ante los que quieran pasar su vista por el estado lastimoso que mi pobre sér les presenta.

Este es para muchos y aun para mí lo ha sido el de la demencia; pero cuando repaso todas las circunstancias y los

motivos que á él me han conducido, me creo en la plenitud de toda mi razón. Una sola cosa ignoro, y es el por qué de mi lastimoso estado.

¿Quién dejará de calificar de desgraciado al sér que estando en medio de la sociedad que le ha sido de trato frecuente se encuentra reducido á cero?

Este es mi estado. Nadie se fija en mí ni me atienden. No soy—no digo un hombre—pues ni aun ocupo el puesto del ente más infelíz.

Sufro á más otro desengaño. Siempre he creído que el sufrimiento mata; pero la muerte no vulnera mi sér. Yo he intentado por varios medios quitarme la vida, que por su misma rareza me es odiosa, y no obstante permanezco en el mejor estado de salud.

\* \* \*

La razón es el sano criterio: por lo tanto, carece de ella todo criterio extraviado.

La locura es considerada por mí como falta de razón; aunque esto se lleve al máximum del sentido que puede derivarse de lo que acabo de sentar, y se diga, que todo falso criterio es locura; pues á tal conclusión me arrastran mis deducciones.

Así, pues, la locura es el extravío de la razón, y esta, se extravía por sí misma.

Voy á explicarme: Se ha dado en calificar de razón el producto mental, que se elabora en forma de raciocinio. De modo, que este es considerado como razón, aun cuando es falso, en cuyo caso arrastra al entendimiento que, entregado á sí mismo camina de uno á otro abismo, hasta ir á parar en los más groseros absurdos.

Una falsa idea que toma las proporciones gigantescas de verdad incuestionable, es suficiente para convertir al que la concibe, en monómano, y que se entregue á discreción en el dominio de todo lo inverosímil.....

Lo diré á mi pesar y lanzaré mi dicho á la faz del mundo.

Loco es todo aquel que, no queriendo confesar su pequeñez, se empeña en sostener teorías preconcebidas.

Loco es el que cree que su criterio es suficiente para marcar el hasta aquí á las leyes de la naturaleza.

Loco es el que abriga la pretensión de tener dominio sobre el progreso, é intenta imponer una fe ó ley absoluta sobre la conciencia científica ó religiosa de los hombres.

Loco he sido yo, también, cuando he creído que la materia conocida me podía dar la clave de todo lo desconocido. Mas como mi locura no reconoce más causa que el extravío de mi propio raciocinio, preciso es que por el mismo y por mi propia voluntad vuelva al uso de mi recta razón.

Reseñaré lo que me ha traído á estas conclusiones.

Repentinamente y como quien sale de un extraño sueño, me encuentro entre la sociedad que me ha sido de trato habitual, pero con sorpresa observo que mi presencia no es notada por mis amigos ó al menos tal pretenden manifestar.

Esto lo considero como una broma y con igual carácter les digo si no oyen la eufonía de mi voz; pero la broma continúa y toma el carácter de pesada.

Pierdo la paciencia y quiero atropellar sin miramiento ninguno lanzándome sobre todo lo que se presenta ante mí, mas continúa lo que yo tomaba por pura diversión, y trátase de convencerme que he perdido la vida.

Esto me causa una sorpresa de la que, no obstante mi situación, me rehago bien pronto; pero lo singular de mi estado no cambia.

Esto me conduce á la ira más desenfadada, y á todas las ofensas que prodigo se opone la más fría indiferencia.

Huyo avergonzado de aquel punto; pero ¡oh dolor! en donde quiera que me presento, me suceden iguales escenas. Entonces me parece que me encuentro entre locos y trato de hacerles ver su locura; pero mis afanes son del todo infructuosos, pues nada consigo.

Mi estado sigue lo mismo: el tiempo no corre ó tal me parece. En esta situación estoy esperando un cambio que no viene.

Debido á esto me creo loco y me imagino estar en un manicomio; mas entre los locos me pasa lo mismo que con los cuerdos. Esto me trae sufrimientos tan atroces que me hacen concebir la esperanza de que el dolor me arrancará la vida, pero espero inútilmente, pues nada de esto sucede.

Entonces en el paroxismo del dolor, en el colmo de la desesperación, intento quitarme la existencia; pero ¡cuán amargo es el desengaño que experimento! mi sér es invulnerable. No aparece la más leve herida ni aun el más ligero dolor físico, que debía ser la consecuencia de terribles caídas que verificaba, arrojándome en los más espantosos precipicios.

Mi vida continúa: la cólera y la desesperación nada producen en el sentido de matar la conciencia de mi individualidad.

Trato de darme cuenta de mi estado y juzgo que todo cuanto me ha pasado no cabe sino en el delirio de la locura. Me pongo á considerar lo que es esta enfermedad y lo que la ocasiona, logrando, por fin, algunos rayos de luz á los que debo el conocimiento de que mi estado físico ha cambiado.

Soy el mismo individuo, es verdad: pero no en la parte corporal, pues no siento las mismas necesidades ni puedo entrar en el trato común de mis semejantes, por los mismos medios que me han sido habituales.

\* \* \*

No podría darme cuenta exacta de mi modo de ser actual, sin entrar en un órden de estudios y observaciones científicas, que sirvan para explicar mi estado presente, por lo que antes deseo saber de dónde vengo.

La ciencia es la lectura de las páginas que encierra el gran libro de la naturaleza; por lo tanto, á ella debo ocurrir para que, de una en otra deducción, pueda vislumbrar el camino que mi sér ha recorrido hasta el punto en que me hallo.

El hombre, según la clasificación de los modernos naturalistas, pertenece al reino animal, figurando en la clase de los mamíferos y ocupando su puesto en la primera familia de los primatos. Por lo tanto, se encuentra muy poco distante de los antropóideos, que forman la segunda familia del mismo órden.

En efecto: los estudios de anatomía comparada prueban que el hombre posee los mismos órganos y el mismo esqueleto que muchos individuos de las familias símias, encontrándose sólo ligeras diferencias, las cuales provienen del distinto uso y del mayor ó menor ejercicio de determinados miembros.

Sabido es que todo miembro que no se ejercita se atrofia, pudiendo llegar casi á su total nulidad, así como es verdad que aquellos que tienen un constante uso se desarrollan y perfeccionan. Esto queda probado con la mano del hombre y también con los órganos de la voz.

En cambio, sus pies, que no los emplea sino para la locomoción, se han atrofiado, hasta el punto de no poder servir, sino con mucha dificultad, para otro ejercicio.

Hay sin embargo una notable diferencia anatómica entre el hombre y las demás familias del orden de los primatos, la cual consiste en el desarrollo cerebral.

No se crea por esto que este desarrollo consiste en circunvoluciones. Este estriba en su peso que es triple del que tienen los monos, que mas desarrollo alcanzan en dicho órgano.

Por lo expuesto se ve que, aunque el hombre no es sino el primero de los animales, su inteligencia lo pone en condiciones de ocupar el puesto que ha alcanzado como rey, de los séres que viven y se desarrollan en vuestro planeta.

Continuando los estudios antropológicos y considerando de gran importancia el de la craneometría, veamos á qué punto alcanza la deducción que se desprende del estudio.

Encontrándose diferencias más notables entre los individuos de distintas razas humanas, que las que se encuentran entre individuos clasificados como de distinto género entre órdenes inferiores de los mamíferos, la ciencia no vacila en dividir las humanas en tres especies ó razas primitivas bien caracterizadas.

Estas son: la de los braquicéfalos de piel amarilla y pelo escaso: la de los dolococéfalos de piel blanca y pelo abundante y sedoso, y la de los proñatos-dolococéfalos también de piel negra y pelo abundante y lanoso.

Como se ve, la ciencia no se muestra inactiva y quiere que sus deducciones se apoyen en bases sólidas.

Muchos son los puntos que abraza la ciencia en sus observaciones, pero los expuestos pueden ser bastantes para mi propósito.

\*  
\* \*

Todo vive en la naturaleza, puesto que sin vida no habría la manifestación del sér. La materia no es más que una manifestación de la vida.

Tan es cierto lo que digo que quien dice fuerza es como si dijera vida, puesto que ella es la manifestación sensible de un principio que se considera inherente á la materia, y esto con razón; pues sin este principio que produce la cohesión de moléculas constitutivas en todo cuerpo, este no existiera.

Entiéndase que en la denominación de cuerpo comprendo todo aquello que es capaz de afectar alguno de nuestros sentidos, aunque sea imponderable para los demás.

La luz, comunicada á los ojos por las vibraciones del ether, nos demuestra que la fuerza bajo la denominación del calor, es el motor ó principio de todos los fenómenos materiales.

La ciencia nos muestra nuestro planeta en épocas remotas y nos dice, que en el principio de su formación su estado era gaseoso. Ahora bien: ¿qué fuerza es bastante para volver á dicho estado toda la materia que nos es conocida? —El calor, luego si tal es la potencia del calor y este es el que engendra las vibraciones del ether, que es lo que llamamos luz, muy bien se puede deducir que la luz es la manifestación de la primera fuerza.

Sentado este principio busquemos después por qué série de fenómenos se trasforma esta fuerza en los distintos elementos ó sustancias simples, que reconoce la Química.

Sabido es que gran parte de estos se nos presentan en es-

tado sólido y con los caracteres que les ha valido la denominación de metales y que habiendo podido la ciencia liquidar los gaseosos ha llegado también, á solidificar algunos.

Esto nos conduce á creer que el frío es el que obliga á la materia á tomar la forma que afecta nuestros sentidos, por múltiples manifestaciones.

Bastante conocido es el origen del frío, pues casi no habrá quien ignore que este consiste en la falta de calor, por lo que se puede ver que la naturaleza es la lucha titánica entre el ser y el no ser.

¿Quién será el vencedor en esta tremenda lucha? ¿Existirá eternamente el ser, debiendo su existencia á esa fuerza poderosa que se llama calor, ó triunfará la inercia producida por el frío? ¿Puede ser una verdad que el frío triunfe por la inercia, cuando una vez se ha dado el hecho de que el movimiento engendra el calor?

—Creo que no: Por lo tanto declaro que la naturaleza es imperecedera puesto que es el producto de una fuerza misteriosa y eterna, que engendra el movimiento universal.

¿Qué cosa es el principio de vida que se manifiesta en la naturaleza?

—Pregunta es esta que difícilmente se puede contestar de una manera satisfactoria para la ciencia; pero como eludir una cuestión no es resolverla, preciso es buscar una solución á este difícil problema, y como este es mi propósito, es de mi deber manifestar lo que alcanzo con mis deducciones.

Es un principio bastante conocido que donde quiera que hay materia, existe la fuerza. De ahí la deducción de que ésta es inherente á aquella.

Tenemos, pues, que la ciencia conoce bajo la denominación de fuerza el principio de vida, pues es punto incues-

tionable que la materia vive en cualesquiera que sea su estado y en la forma que se presente, sin que por esta aserción se forme una confusión entre las distintas manifestaciones de la vida, pues es muy distinta la orgánica de la inorgánica.

Muchos volúmenes y la reunión de todos los conocimientos humanos serían necesarios, para seguir punto por punto las distintas manifestaciones de la vida en la superficie de la tierra; por lo tanto, sólo me concreto á determinadas generalidades.

Las combinaciones químicas, que se producen de una manera idéntica siempre que se encuentran bajo el influjo de circunstancias favorables, es el principio de vida el que les obliga á formar en toda ocasión los mismos compuestos.

Pongamos un ejemplo: El agua, compuesta de hidrógeno y de oxígeno, es congelada ó reducida á vapor, sea por la acción de una baja temperatura ó bien por otra elevada.

Es indudable que bajo el influjo de distintas acciones cambia de estado; pero su vida permanecé la misma, es decir, agua congelada ó sea sólida, ó bien en estado de vapor. No ha cambiado su naturaleza física, pues si el hielo se somete al calor producirá agua, y si el vapor se somete al frío agua producirá también.

Pero un fenómeno bien distinto se producirá cuando por medio de la pila ú otro procedimiento se descomponga el agua, separando sus principales elementos.

Independiendo el hidrógeno del oxígeno ¿qué resultará? Se me dirá que el agua ha sido descompuesta; mas yo tengo el atrevimiento de llamar á esta descomposición la muerte del agua, puesto que ésta ya no existe sino sólo sus componentes.

Si más tarde mezclamos estos en la proporción de dos volúmenes de hidrógeno y uno de oxígeno, tendremos sólo una mezcla; pero si provocamos la detonación habremos entonces efectuado una combinación, y el agua se nos presentará con su misma vida.

¿Qué ha sucedido durante estas distintas reacciones? simplemente esto: Que el agua ha muerto cuando ha sido descompuesta y que más tarde ha recobrado la misma vida cuando por la combustión de sus elementos ha sido recompuesta. Luego tenemos probado que el agua es inmortal.

De la misma manera que acabamos de hacer el análisis y síntesis del agua, podría hacerse con un sér del reino vegetal, con la diferencia de que no le es tan fácil al hombre restituir la vida de éste como lo ha hecho con el agua.

Esto prueba que conforme la naturaleza se eleva, la criatura humana desconoce cada vez más, en su conjunto, lo que constituye el principio vital, pues mientras en el análisis y síntesis del agua este no pierde nada, en el análisis del vegetal se ha escapado la vida.

En efecto: puede comprobarse que en los instrumentos de análisis está la mayor parte de los componentes, y quizá se aventure decir que todos; pero esto no es exacto porque les falta el principio de vida vegetal, cosa que se ve de una manera incuestionable, puesto que no se restituye á éste su misma vida, como se ha hecho con el agua.

Para explicar esta pérdida, no será bastante el alegar que el vegetal con que se ha hecho el análisis estaba sin vida, pues si este hubiera sido puesto en la tierra como estaca, hubiera seguido viviendo, siempre que circunstancias posteriores no le privaran de este principio.

La vida animal, ante las miradas del observador científico, es el producto tan sólo de la materia, convenientemente organizada.

Es lástima grande, según mi sentir, que los más adelantados observadores científicos, se fijen de preferencia en los estudios anatómicos, para deducir de ahí el origen de las enfermedades; y si son simplemente naturalistas, para ver en la forma y colocación de los músculos en el esqueleto, ó bien en las ramificaciones nerviosas ó circunvoluciones cerebrales, la analogía que tiene el hombre con el animal.

Se busca con decidida preferencia aquellos caracteres que ponen de relieve y manifestación que el hombre es el animal más perfecto, y que,—según toda probabilidad—su origen no es otro que su paso por todas las distintas gerarquías del reino animal.

Hay alguno que ha dicho: “La grandeza humana está en mirar de frente la verdad y aceptarla tal cual es, por fría y desconsoladora que parezca.”

Aunque opino de igual manera esto no es un obstáculo, en la actualidad, para que me ocupe de punto tan delicado como lo es la investigación de la verdad, con ideas que á mi pesar me arrastran mucho más allá del punto á que me había creído, se debían limitar las investigaciones científicas.

Bien está que esperemos el resultado de la verdad afrontándola de frente; pero esto no es decir que estamos en la obligación de sujetarnos á determinados medios de observación, porque nos parezca que los despojos materiales son buenos para servir de fundamento á la ciencia positivista, y hacer una completa abstracción de esa otra que se ha fundado con el nombre de Metafísica.

Aquí apareceré desempeñando un ridículo papel ante los que, como yo lo he hecho, se dan el título de realistas; es-

piritus fuertes que no pueden caer en la insensatez de dar más valor que la de un cuento fantástico—propio para cautivar á gente ignorante—á todo aquello que se presenta con el carácter de manifestación espiritual.

Todo lo tolero, mi partido está tomado y he de afrontar la verdad cualquiera que sea su carácter.

La vida, ó el principio que es causa de la inteligencia, es el principal punto de mi estudio, y siento haber esperado tanto antes de entrar de lleno en tan importante tarea. Cierto que este se presenta erizado de dificultades para darle un carácter científico; pero no hay obstáculo que pueda considerar insuperable el que ama y busca la verdad.

\*  
\* \*

La vida es un hecho que se manifiesta en infinitas formas.

Vida es la cohesión molecular; vida la afinidad de los cuerpos; vida la que da el sér en multiplicidad de formas, á todo el reino vegetal, y vida es, también, la que sostiene el reino animal.

¿Por qué esta variedad de formas bajo las cuales se nos presenta la vida?—La contestación no me parece de ninguna dificultad.—Es porque la vida está sujeta á una ley inmutable de progreso, cuya ley es la que esencialmente la caracteriza.

La muerte no existe, y sólo sí el cambio de formas ó modo de ser de los cuerpos.

Ya otra vez he manifestado que sería demasiado empresa el seguir la vida en sus múltiples manifestaciones: por lo tanto, me concreto á estudiarla en los séres inteligentes, puesto que el carácter con que esta se presenta en el hombre, es el mismo que afecta en todo el reino animal.

Dada ya su genealogía conforme á la ciencia moderna, tratemos de ver si ésta puede ser suficiente para demostrar el fin de la individualidad humana en su desorganización, á lo que llamamos muerte.

Más claro: ¿Concluye el hombre en el postrer instante de su vida?—Muchos científicos afirman que sí, pero contra esta opinión replican multitud de espiritualistas, comprendidos en una variedad de sectas, y aun la mayor parte de los libre-pensadores.

¿A quiénes pertenece la verdad?—Los hechos y no las palabras tienen que dar esta trascendental resolución.

Hay que advertir que coloco en el rango de hechos todos los fenómenos que nos presenta y puede presentarnos la naturaleza, y que no considero como tales aquellos que directamente afectan nuestros sentidos, siendo su carácter tal, que podemos sujetarlos á un minucioso análisis.

Investiguemos: La vida se presenta en los séres animales, como el resultado del perfecto funcionamiento orgánico, en todas aquellas partes que se pueden denominar funciones de interés vital. De modo, que faltando esta regularidad sobreviene la muerte, la que, según el decir de muchos, es la cesación del sér.

Siendo la vida la simple manifestación del organismo—según acabo de manifestar—claro está que todas las funciones y manifestaciones del hombre vivo obedecen á su organismo, de una manera ineludible.

Examinemos si esto es cierto. Según la clasificación de muchos naturalistas, el hombre sólo es individuo de los primatos, debiendo tan sólo este rango á su capacidad craneana, y por consiguiente á su mayor desarrollo cerebral; siendo mayor la capacidad ó talento del individuo cuanto más